

Los movimientos estudiantiles universitarios en América Latina

ALDO E. SOLARI *

1. Las organizaciones estudiantiles y la actuación de los estudiantes como grupo, si no son exclusivas de América Latina, son por cierto una de las características más notables de la región. Fischer piensa, por ejemplo, que América Latina posee, probablemente, el “cuerpo de estudiantes universitarios más activo y poderoso políticamente en el mundo”.¹ Una convicción de este tipo, que está muy generalizada, se acompaña casi siempre de la idea de que el movimiento estudiantil tienen un alto grado de autonomía.

En la actividad de las organizaciones estudiantiles es posible distinguir varias dimensiones, pero dos parecen fundamentales: la dimensión gremial y la dimensión política. Por dimensión gremial se entiende en este contexto todo lo que tiene que ver con la conquista de beneficios y medidas de protección para los estudiantes en cuanto tales, gratuidad, textos baratos o gratuitos, comedores estudiantiles, etcétera. La dimensión política supone una labor de carácter más general puesto que se refiere a las ideas y a los movimientos que tienden a influir sobre la conducción de la universidad o las facultades o sobre la conducción general de la sociedad. En ese sentido dentro de la dimensión política podría distinguirse la de política universitaria y la de política nacional, esta última incluiría, a su vez, la de política internacional. Estas distinciones son relativas, como todas las de esta naturaleza, en determinados casos será muy difícil distinguir entre lo propiamente gremial o corporativo y lo político. Pero de cualquier manera ofrecen un hilo conductor para distinguir los diversos casos que existen en la región. Si lo que ha singularizado a los estudiantes latinoamericanos es la dimensión política, no hay que olvidar que existen en el

* Aunque el autor es actualmente funcionario de la Comisión Económica para América Latina, las ideas aquí expresadas han sido planteadas a título exclusivamente personal.

área grupos cuya orientación es esencialmente gremial. Por otra parte, la dimensión política es la que dentro y fuera de los movimientos estudiantiles ha sido la más controvertida.

2. Hecha esta distinción, que debe tenerse presente a lo largo de las consideraciones que siguen, constituye un problema importante el saber cuál es el grado de participación de los estudiantes en las organizaciones. Es posible llegar a conclusiones muy diferentes, como siempre ocurre, según el criterio que se adopte para definir la participación. Sin ánimo de una enumeración completa, podría tomarse la participación traducida en el pago de una cuota, es decir, la simple calidad de socio o miembro reducida a esa mera actividad; la participación definida por la intervención en asambleas y reuniones; la participación entendida como la intervención en la dirección de los movimientos. Si las dos últimas se definen como participación activa y la primera como pasiva, se tiene un criterio grueso, pero útil, de distinción. Obviamente habría que considerar dentro de la pasiva la no participación. Sobre esa base todos los estudios existentes demuestran que la participación activa se da en un porcentaje muy bajo de estudiantes, en contra de lo que podría aparecer a primera vista. Sobre este punto las variaciones parecen consistir más que nada entre la proporción de los que no participan totalmente y la de los que se limitan a pagar su cuota sin más. En algunos países, aun la proporción de los que pagan la cuota es muy baja, en otros casi todos los estudiantes están asociados, aunque muy pocos tienen algún género de participación más activa. Esta diferencia se debe generalmente a la intensidad de los servicios gremiales. Algunos centros u organizaciones estudiantiles proporcionan apuntes o versiones de clase a precios más bajos para sus socios y beneficios de similar naturaleza, de manera que prácticamente casi todos los estudiantes se asocian, solamente con la idea de disfrutar de esos beneficios, pero sin pensar en ninguna otra forma de participación.

La distinción entre los dos tipos de organización tiene su importancia, porque aunque no altera mayormente el porcentaje de los que tienen una participación activa, hace muy diferente los recursos con que se cuenta. Los que participan activamente en organizaciones cuyos miembros son todo o casi todo el estudiantado cuentan con una masa de recursos obviamente muy superior.

Cuando se atiende a la resonancia y a la visibilidad social de los movimientos estudiantiles la baja participación que acusan todos los estudios resulta un hecho sumamente intrigante. Efectivamente, plantea problemas explicativos sumamente complejos que se analizarán en lo que sigue.

Otro resultado de los estudios que se relaciona con este mismo tema es que la participación en todas sus formas parece variar considerable-

mente con las facultades y escuelas dentro de una misma universidad. Más aún, los estudios más recientes, apuntan todos a la necesidad de considerar el tipo de estudios que se realizan como una variable muy importante, lo que no había sido suficientemente tomado en cuenta hasta ahora. En general, parecería pero sobre esto se tienen resultados muy parciales, que los estudiantes de algunas disciplinas como historia, sociología, tienden a exhibir el más alto grado de participación activa en tanto que los de ingeniería tendrían el más bajo.² Las demás carreras ofrecerían casos intermedios. Estos resultados son importantes porque revelan que las diferencias en la participación se deben, por lo menos en parte, a la socialización a la que es sometido el estudiante una vez que ingresa a la universidad. Las pautas de conducta que requieren la participación activa del estudiante en las organizaciones son mucho más fuertes en algunas facultades o escuelas que en otras, el proceso de identificación del estudiante con su facultad o escuela y con sus compañeros de estudio debe estar profundamente influido por esa circunstancia.

3. Pero, ¿cuál es la naturaleza de esos requerimientos? En otras palabras, ¿cuál es la concepción del rol de estudiante que las organizaciones existentes tratan de transmitir como la única válida a los que ingresan a los estudios en las que ellas reclutan sus integrantes? Aunque las constataciones anteriores indiquen que, en definitiva, el número de los que responden activamente al mensaje es muy pequeño, es evidente que el mensaje existe y que vale la pena analizar su contenido.

Según el tipo de organizaciones que se trate, la dimensión gremial y la dimensión ideológica se combinan de diversas maneras. Se puede imaginar todos los matices posibles desde los requerimientos puramente gremiales, con un débil trasfondo político, la defensa de la libertad, de la democracia, hasta el esencialmente político, en que lo que aparece como secundario es justamente el primer aspecto. Los extremos exclusivos son raros, alguna forma de dosificación siempre existe. Por lo tanto es muy general, y es lo más interesante, que los estudiantes son llamados a desempeñar un rol político. No solamente a ocuparse de los problemas administrativos y de gobierno de su facultad o escuela o de la Universidad, sino de todos los problemas políticos, sociales y económicos del país y a través de ellos de su situación en el mundo internacional.

Ese rol no depende de la calidad de ciudadano como tal, sino de la mucho más específica de universitario. Es como universitario, y secundariamente como ciudadano, que se debe desempeñar un papel político-social. La justificación más corriente es que el universitario, por su situación de privilegio en la sociedad, debe devolver a ésta lo que recibe de ella. De este postulado indiscutible se saca la consecuencia, mucho más dudosa,

de que la única manera digna de hacerlo es asumiendo ese rol político-social. Cuanto más acentúa la importancia de este aspecto del llamado es más evidente que la imagen del estudiante puro, del que no es más que estudiante, es despreciable. La ideología explícitamente no lo dice; pero en caso de conflicto no hay duda acerca de qué aspecto es valorado más alto.

El movimiento estudiantil se preocupa de transmitir al estudiantado una imagen política y hacerla una parte de la socialización de los integrantes de la escuela. Cuanto más fuerte es ese proceso, y su intensidad varía en las facultades o escuelas, se llega a que la variable fundamental que legitima el comportamiento político es la ideológica, los que participan activamente vienen, de manera bastante indiscriminada, de todos los grupos sociales que se encuentran en la unidad educacional. No hay diferencias sensibles por estratos sociales y la fuerte tendencia a legitimar ideologías izquierdistas parece llevar a los estudiantes, por lo menos al nivel profesado, a colocarse en contraposición con los intereses de las clases sociales a las que pertenecen.³ Es claro que puede sostenerse, y a este punto se volverá más adelante, que las diferencias de estratificación son muy pequeñas y que los pocos estudiantes de estratos más bajos que están representados han hecho ya un largo proceso de socialización estudiantil que los ha llevado a internalizar valores y pautas de conductas análogos o iguales a los de sus pares pertenecientes a otros estratos.

4. Como ya se ha señalado son muy pocos los estudiantes que participan activamente y su proporción parece disminuir, aunque no su visibilidad social que en cambio puede aumentar, cuanto más politizada se hace la concepción del rol. Ésta es, sin duda, una de las causas de debilidad del movimiento estudiantil.

Pero dejando de lado por ahora esta circunstancia, a la que se volverá más adelante, importa mucho plantearse la cuestión de la autonomía del movimiento estudiantil. Muchos autores han insistido sobre el poder que el movimiento estudiantil puede alcanzar en ciertas sociedades y es efectivamente posible mostrar casos en los que a continuación de grandes manifestaciones estudiantiles han caído gobiernos o se han producido efectos de gran consideración. Pero a esas observaciones generales podrían oponerse otras igualmente llamativas: movimientos estudiantiles teóricamente muy combativos han permanecido en silencio frente a la caída de regímenes democráticos u otros acontecimientos que podrían implicar grandes peligros para ellos.

Estas sube y bajas del movimiento estudiantil, que lo hacen aparecer a veces en el centro de la escena política y otras lo dejan en una situación totalmente secundaria, aún en la misma sociedad y con intervalos de tiem-

po relativamente cortos, parece requerir una explicación. Aunque estemos todavía lejos de poseer los datos necesarios para darla, parecería razonable pensar que esa explicación sólo puede encontrarse si se parte de la idea de que la autonomía del movimiento estudiantil es siempre relativa. Debe evitarse, desde luego, la exageración contraria; la de creer que el movimiento estudiantil carece de toda fuerza propia o es un simple instrumento manipulable sin límites. Pero todo demuestra que cuando el movimiento estudiantil adquiere considerable importancia, cuando aparece participando en actos decisivos para la vida política nacional es porque está acompañado de muchas otras fuerzas, de muchos otros movimientos para los cuales es incluso conveniente, en ciertas ocasiones, dejar que el movimiento estudiantil aparezca en el plano más visible. Sería imposible referir aquí todos los hechos en el área latinoamericana y fuera de ella que lo demuestran. Basta pensar en la escasa o ninguna importancia que de pronto tienen movimientos estudiantiles que hasta entonces parecían haber participado a un nivel muy alto, cuando por diversas circunstancias quedan de hecho totalmente aislados en la sociedad.

Algunos ejemplos pueden ilustrar el problema. El llamado movimiento de Córdoba de 1918 es considerado generalmente como habiendo establecido la Carta Magna de las aspiraciones del movimiento estudiantil en las universidades latinoamericanas. De la Argentina se extendió a todas o casi todas las universidades. Debe subrayarse, sin embargo, que el movimiento y su plataforma esencial es bastante anterior, aparece muy claro en el Congreso Interamericano de Estudiantes que tuvo lugar en Montevideo en 1904. Por otra parte, la ley universitaria de 1908 en el Uruguay estableció que debía haber un representante estudiantil indirecto en todas las facultades.

Un análisis detenido de todo el movimiento, que es imposible hacer aquí, demostraría que se trató de un fenómeno complejo, no ligado meramente a la Universidad, sino que contó con el apoyo externo de grupos políticos en ascenso. El triunfo de la reforma universitaria de Córdoba no hubiera sido posible sin el apoyo del grupo irigoyenista dentro del Partido Radical, como el paso atrás que sufrió después no se explica sino en el contexto de la presidencia de Alvear. Hasta entonces, la Universidad había estado muy cerrada para los grupos de clases medias que en la Argentina, como en el Uruguay, comenzaron a ocupar una posición estratégica a comienzos del siglo. El movimiento tuvo no solamente por objeto abrir el ingreso a la universidad a nuevos grupos, sino las posibilidades de acceso al profesorado. De ahí que de ninguna manera pueda explicarse en términos de movimiento estudiantil autónomo. Los apoyos externos que recibió y la medida en que fue la expresión de preocupaciones generales a ciertos grupos de clases medias explican su éxito

al menos tanto como la dinámica interna del movimiento. En la Argentina misma, muchos años después, cuando la discusión de la ley de universidades privadas, el movimiento estudiantil, sobre todo en Buenos Aires, resistió activamente las medidas que se proponían. Pese al apoyo de la mayoría de los profesores, como otros grupos sociales apoyaban la ley o se mantuvieron indiferentes la ley fue aprobada en 1958. El caso muestra la importancia no desdeñable del movimiento estudiantil y su fracaso cuando queda aislado o casi aislado. El mismo año, un caso distinto se produce en el Uruguay. La pugna de los estudiantes por obtener la aprobación de la nueva Ley Orgánica propuesta por la Universidad y en la que se les asegura una amplia coparticipación en el gobierno de la casa de estudios tiene el más pleno éxito después de una manifestación que reunió cerca de 200 000 personas en una ciudad de un millón de habitantes. El hecho es inexplicable si no se toma en cuenta: *a*) que se trataba de un año electoral, la ley fue aprobada poco antes de las elecciones; *b*) los más variados grupos sindicales, de trabajadores no organizados, de clases medias y los partidos políticos de oposición utilizaron el movimiento por la ley orgánica para manifestar su disconformidad con el gobierno que poco después sería derrotado; *c*) en el acto final que terminó la manifestación hablaron representantes sindicales de los más diversos grupos, sobre los más variados temas. En otras palabras el movimiento estudiantil se insertó en un momento muy favorable para servir de canalización al descontento general y los partidos de oposición lo aprovecharon contribuyendo con una enorme parte de los efectivos de la manifestación.

En los últimos años, el movimiento estudiantil de Buenos Aires hizo enormes esfuerzos por acercarse a los obreros, particularmente los agrupados en los sindicatos que se consideran de filiación peronista. En nombre de una ideología popular o populista se consideró que la necesidad de la alianza entre obreros y estudiantes debería superar no solamente las resistencias tradicionales —el movimiento estudiantil argentino había sido en el pasado netamente contrario al peronismo—, sino incluso las acusaciones de corrupción frecuente respecto a los dirigentes sindicales. Se desarrolló una especie de mística de acercarse al pueblo representado por los sindicatos peronistas. Pese a todo ello, cuando sobrevino la intervención de la Universidad en julio de 1966 el movimiento estudiantil, aparentemente de una gran fuerza, estuvo prácticamente inerte en virtud de quedar aislado, sus llamados a las fuerzas sindicales fueron totalmente desoídos y no pudo oponer ninguna resistencia seria.⁴

Análogos fenómenos podrían observarse en Venezuela. El movimiento estudiantil pareció jugar un papel muy importante en la caída de Pérez

Jiménez, uno de consideración en la aparición de las guerrillas, todo indica que actualmente su politización e influencia decaen rápidamente.⁵

Todo parece indicar que el movimiento estudiantil y, sobre todo, sus posibilidades de éxito están profundamente condicionados por el comportamiento de otros grupos. A menudo el éxito de una actitud política de los estudiantes no es más que la expresión más visible del triunfo de una serie de grupos sociales, cuando el apoyo falta el movimiento estudiantil es incapaz por sí solo de alcanzar sus objetivos. Este hecho debería considerarse como obvio en cualquier sociedad compleja respecto a cualquier grupo, sin embargo, la visibilidad que en muchos países tiene el movimiento estudiantil parece producir un deslumbramiento que tiende a la idea de que es un factor de poder por sí solo.

5. Estas consideraciones permiten comprender la peculiar situación del movimiento estudiantil. Con una participación activa relativamente baja su fuerza depende, en gran medida, de la que prestan otros grupos sociales y particularmente otros movimientos políticos y grupos de presión.

A estos hechos se une el de que el origen social de los estudiantes si bien permite, y por algunos factores probablemente favorece el radicalismo al nivel ideológico y declarativo, parece limitar la posibilidad de un comportamiento efectivo de acuerdo con la formulación ideológica. En otras palabras, a medida que aumenta la necesidad de pasar de las declaraciones radicales a un comportamiento extremo, más difícil es obtener la participación activa, salvo cuando ese comportamiento políticamente extremo, en el sentido de excepcional, es sostenido por muchos grupos ya suficientemente poderosos como para destruir la situación existente o para desafiarla con probabilidades de éxito. De ahí, es que sería muy importante para el estudio del movimiento estudiantil un análisis sistemático de las relaciones entre la ideología profesada y el comportamiento efectivo en diversas constelaciones y coyunturas políticas y sociales. Es probablemente una de las cosas más interesantes del movimiento estudiantil ese esfuerzo por trascender a las exigencias de las clases sociales de las que provienen los estudiantes, que al nivel declarativo parece incluso ponerlos en contra de los intereses de los propios grupos a los que pertenecen, y al mismo tiempo, el estar profundamente marcados por ese origen. El llamado igualitario, la supresión de todas las grandes diferencias sociales, la de la explotación del hombre por el hombre que componen la ideología se acompañan de actitudes en que se afirma claramente la voluntad de grupos que se consideran distintos y fuera de las obligaciones y avatares de la vida del ciudadano común. Así los estudiantes se mantienen en el Uruguay diez días encerrados en la Universidad rodeada por la policía que tampoco toma ninguna medida de fuerza efectiva, porque se niegan a

aceptar el ser fichados por la policía al abandonar la Universidad según una orden judicial. Allí aparece muy clara la convicción de que constituye un grupo con privilegios propios, que jamás reclamaron los sindicatos obreros por ejemplo, que no puede admitir el ser tratado como cualquier otro, sino al que se debe respetar en su posición social. La distancia entre la ideología profesada y el comportamiento efectivo es muy clara.

6. Estas consideraciones plantean un intrigante problema ¿cómo logra la minoría de dirigentes activos obtener, por lo menos para ciertas cosas, un relativamente alto nivel de participación? Los estudiantes hacen no solamente declaraciones, sino huelgas en contra o a favor de tales o cuales sucesos nacionales o internacionales, salen en relativamente considerables números a manifestar. ¿Cómo se realiza el enlace entre dirigentes muy radicalizados y una masa esencialmente apática e indiferente?

Una vez más se está librado a las hipótesis. Pero ciertas líneas de pensamiento parecen de especial interés. Si se toma un documento como el manifiesto de Córdoba, para citar lo que puede considerarse la Carta Magna del movimiento estudiantil latinoamericano se encuentran reclamos para obtener la participación estudiantil en el gobierno de la Universidad, la afirmación del principio de la autonomía, la gratuidad de la educación, cursos de extensión para las clases trabajadoras, derecho a optar por asistir o no a los cursos, declaraciones de diverso orden de política general. Si se observa esta enumeración, que no es completa, resulta de alto interés la mezcla entre la dimensión gremial *strictu sensu* y la dimensión política. Hay una dosificación entre un tipo y otro de demandas, como la hay entre las puramente imaginarias, como la de que hay que abrir la universidad a todos los que poseen calificaciones independientemente de su situación económica y social y la muy realizable y pedestre de poder ir o no a los cursos. Pues bien, una de las hipótesis plausibles es la de que las posibilidades del movimiento estudiantil de funcionar como una unidad pese a la apatía de una proporción cada vez más grande a medida que nos acercamos a las cuestiones más estrictamente políticas, depende de la pluralidad de fines que persigue y de su dosificación oportuna. Las variables que parecen más importantes son:

- a) Naturaleza del problema;
- b) Comportamiento efectivo que se exige;
- c) Comportamiento de los dirigentes en otras esferas.

Sobre la primera ya se ha hablado. El segundo actúa de tal manera que cuanto mayor sea el aspecto declarativo y menor el comportamiento efectivo más fácil es para los dirigentes contar, si no con la adhesión, por lo menos con la no oposición de la masa. El tercero actúa de tal

manera que cuanto mayores son los beneficios que los dirigentes aparezcan haber obtenido en la esfera gremial, mayor es la libertad de acción que disfrutan en la acción política. Todo ocurre como si una masa apática e indiferente de estudiantes para la cual los problemas políticos significan muy poco dejara a sus dirigentes multiplicar las declaraciones sobre los más variados temas de política internacional y nacional siempre y cuando aquéllos fueran eficaces para mantener o fortificar ciertas medidas como la opcionalidad de la concurrencia a clase, etcétera, que son percibidas como conquistas gremiales fundamentales. Ese margen con ser amplio no es absoluto. Al nivel declarativo se aproxima casi a serlo. Si, en cambio, las exigencias sobre el comportamiento efectivo se hacen fuertes el margen tiende a disminuir.

Un mecanismo tan complejo como éste, envuelve la posibilidad de que los dirigentes perciban erróneamente el eco o la tolerancia de que los dirigidos son capaces. Puede producirse un fenómeno de hastío de la politización, de discontinuidad profunda entre dirigentes y dirigidos como se ha señalado que ya se había producido en Argentina antes de la intervención.⁶ Pero más fundamental es el hecho de que, en determinadas ocasiones cuando un comportamiento concreto y efectivo se vuelve importante si, simultáneamente, otras fuerzas sociales no apoyan efectivamente al movimiento estudiantil éste queda condenado al fracaso.

7. Puede pensarse que el movimiento estudiantil constituye un campo de entrenamiento de futuros líderes políticos como numerosas experiencias lo prueban. En los países de América Latina en que el movimiento estudiantil ha sido o es muy importante es impresionante la lista de líderes estudiantiles que después han llegado al gobierno y que en su calidad de ministros o presidentes han reprimido las manifestaciones de los movimientos estudiantiles de la hora. Sería totalmente erróneo plantear el problema en términos de ética personal. Lo que ocurre es que para ciertos grupos sociales, mal delimitados y estudiados hasta ahora, que no son los mismos en las diferentes épocas, el movimiento estudiantil es el único medio de expresión o uno de los pocos medios disponibles. A través de él ciertos grupos se abren un camino hacia el poder y determinados individuos al mismo tiempo que aumentan su visibilidad social se preparan para sus futuros roles. En otras coyunturas puede servir al entrenamiento de los grupos ya en el poder.

Este fenómeno parece apuntar hacia la inexistencia o la debilidad de otros mecanismos institucionales de formación del personal político que existen en otras sociedades con mayor intensidad. La politización estudiantil, entendiéndose de una minoría dirigente, es seguramente la consecuencia de ciertas características de la estructura social latinoamericana y no un

fenómeno patológico e inexplicable. En sociedades altamente inestables desde el punto de vista económico y social, donde las corrientes más diversas se afrontan es explicable que ciertos grupos encuentren en la Universidad y particularmente en el movimiento estudiantil una de las maneras, aunque no por cierto la única de su ascenso al poder.

Esto explica la observación que algunos autores han hecho de que en las épocas de gobiernos estables, por la fuerza o por el consenso, o por mezcla de ambos, el movimiento estudiantil tiende a perder significación, en tanto que la cobra muy alta en momentos críticos. También explica el hallazgo de Glazer.⁷ Casi siempre se da por sentado que la actitud de los estudiantes representa, o es la consecuencia, en alguna medida, de un conflicto de generaciones. La conclusión de Glazer respecto a Chile es la estrictamente contraria. Entre aquellos estudiantes cuyos padres son demócratas cristianos sólo el 4 por ciento simpatiza con el FRAP y la inmensa mayoría tienen la misma afiliación política que sus padres. El mismo fenómeno se da en los que son hijos de adherentes al FRAP. Las únicas diferencias intergeneracionales significativas que se notan en los distintos grupos aparecen entre los hijos de los radicales. Pero eso no significa necesariamente conflicto intergeneracional. El activismo político del estudiante chileno lejos de construirse en oposición a la generación anterior es un reflejo de la politización general en ciertos grupos sociales y el contenido de ese activismo está en gran medida determinado por la afiliación política paterna.

La constatación de Glazer está lejos de poder ser generalizable a todos los países y a todas las coyunturas. Es importante, justamente, porque indica hasta qué punto ciertas generalizaciones que aparecen como muy evidentes pueden ser erróneas; el condicionamiento del movimiento estudiantil por la estructura social y, particularmente, por la estructura política de la sociedad global, da una significación muy diferente a hechos aparentemente análogos.

Parece, pues, innegable que el movimiento estudiantil ha tenido funciones dinámicas, extrauniversitarias, en muchos países de América Latina. El hecho de que en gran medida el comportamiento efectivo no ha correspondido sino en una mínima parte a la ideología y que ésta sólo ha alcanzado efectivamente a grupos minoritarios dentro de los estudiantes no impide que por haber sido a veces la única o una de las pocas ideologías alternativas visibles o por haber ofrecido canales de acceso a nuevos grupos haya desempeñado funciones favorables al cambio. Esto no ha sido siempre ni en todas partes así, porque la propia ideología segregada por grupos de clase media ha sido muy frecuentemente justificativa de una serie de conquistas ya obtenidas, racionalizándolas, que un motor efectivo de cambio social. Así, pese a que los estudiantes han declarado desde

mucho antes de la reforma de Córdoba su necesidad de acercarse a los obreros y promover una más igualitaria repartición del ingreso, no parece dudoso que esto no pasó jamás de un proyecto lírico que nunca se ha concretado efectivamente.

Una minoría que reconoce el privilegio de que disfruta y dice combatir contra él, no deja por eso de ser privilegiada ni está demostrado por ello que luche efectivamente contra la situación en que se encuentra. Más bien parece que el llamado a otros grupos y a ciertas transformaciones desempeña un papel justificativo del rol que juega o se propone jugar en la sociedad a que pertenecen.

De ahí la ambigüedad del movimiento estudiantil, las muy diversas significaciones que pueden adquirir, las cegueras de que es capaz, la soledad en que a menudo queda; pero también su carácter canalizador para el ascenso de nuevos grupos que de cualquier manera determinarán ciertos cambios.

Todos estos fenómenos, sean cuales fueren sus causas, están evidentemente ligados al hecho de que una buena parte de los estudiantes sienten inquietudes hacia la colectividad que no son canalizados por las instituciones de enseñanza. Algunos autores han señalado el hecho de que a medida que aumenta el compromiso con la institución universitaria como tal, el contacto directo con los profesores, la posibilidad de discutir libremente con ellos, disminuye la politización. Tal correlación está lejos de ser evidente, pero es probable que una parte del activismo estudiantil latinoamericano se deba a que las universidades no sean capaces de canalizar ni siquiera las inquietudes académicas, darles promoción y estructurales de tal manera que se conviertan en principales o excluyentes. Una transformación de la Universidad podría, en ese sentido, jugar un papel importante.

Pero si se da por sentado que la orientación hacia la colectividad no podría de ningún modo, o no podría totalmente, ser canalizada hacia el interior de la institución y si además se piensa que puede orientarse de una manera racional como parte del papel de la Universidad en materia de extensión, se pueden buscar otros medios. Uno de ellos, que ha adquirido cierta importancia en algunos países, particularmente Chile y Perú, es la participación de los estudiantes en programas de desarrollo de la comunidad. Dejando de lado los problemas de funcionamiento de la participación estudiantil y de adaptación a las necesidades comunitarias,⁸ parece importante subrayar que esta solución es difícilmente compatible con niveles de politización muy altos que impliquen la idea de la necesidad de una transformación revolucionaria o al menos muy popular de la sociedad. Es decir, por lo menos ciertos grupos estudiantiles encontrarán inaceptables soluciones que, con razón o sin ella, les aparecerán como reforzando

el *statu quo*. No ocurrirá lo mismo con muchos otros, sobre todo si la cuestión se acompaña de un refuerzo de los intereses académicos despertados por la Universidad. Es con todo demasiado temprano para prever las líneas futuras de evolución de una intervención de los estudiantes al servicio de la colectividad, del tipo mencionado.

8. Si la propia naturaleza del movimiento estudiantil obliga a considerarlo en su dimensión política, es también importante considerar las funciones que ha tenido y tiene dentro de la Universidad.

Hay un problema que, de algún modo, marca el pasaje de las preocupaciones de política general a las que tienen que ver con la Universidad, pero siempre considerada dentro de su situación en la estructura política: es la cuestión de la autonomía. Es obvio que la autonomía corresponde a la esencia de la Universidad, sin ella una Universidad digna de tal nombre simplemente no existe. Es obvio, también, que la autonomía puede tener y tiene las más diversas formulaciones jurídicas y los más diversos alcances de hecho, que puede existir, incluso, sin textos jurídicos que la apoyen explícitamente o con textos que parezcan contradecirla. En lo que sigue se piensa en la autonomía real no en la formal. El problema consiste entonces en saber por qué en América Latina la preocupación por la autonomía ha sido tan obsesiva para el movimiento estudiantil y por qué ha adquirido formas originales en relación con otros países. Se han dado varias razones para explicarlo.

Una de ellas es la alta politización que lleva a los gobiernos a utilizar a las universidades como un instrumento más de dominio político. En sociedades donde el sistema educacional no está claramente diferenciado del político, como no lo están casi ninguna de las otras esferas institucionales de la sociedad, la única manera de afirmar esa diferenciación es la autonomía y el sólo medio de instrumentarla es, justamente, el crear un aparato legal que la proteja. Puede admitirse que esta causa tiene una entidad importante, es difícil creer que sea la única. Si lo fuera debería esperarse a que cuanto más fuertes y efectivas fueran las amenazas de intervención del poder político mayores serían los esfuerzos para garantizar la autonomía y viceversa. Ahora el caso del Uruguay muestra que esa correlación está lejos de ser perfecta. No sólo las intervenciones del poder político no han existido prácticamente, sino que bajo la vigencia de la Constitución de 1917 fue el propio poder político el que devolvió diversos actos jurídicos que la Universidad elevaba a su aprobación, en virtud de considerarlos comprendidos en la autonomía de ésta. Sin embargo, no hay una universidad en América Latina dotada de un estatuto autonómico tan extremo como la de Uruguay, en donde para desconocer la autonomía es necesario cambiar la constitución política que la garantice o violarla.

Otra causa, es que puede presumirse que la función de la educación como canal de acceso, y canal de ascenso, es en cierto sentido diferente a la que tiene en otras sociedades. Para ciertos grupos sociales que carecen de fortuna, aunque puedan tener niveles de vida bastante elevados, que, además no pertenecen a la clientela política o a la clientela de los que están en el poder o a la clientela de un poder muy inestable, la Universidad es el único vehículo relativamente universalista a su disposición. Donde los sistemas sociales de clientela son tan importantes, adquiere una significación especial un sistema que por un lado va más allá de los sistemas existentes y por otro permite insertarse en nuevos que pueden ser base de los grupos que en el futuro detentarán el poder. Esto hace muy importante para ciertos grupos sociales fortificar la autonomía institucional de la Universidad.

Por último, la experiencia demuestra que las universidades pueden ser un canal importante para grupos políticos minoritarios o todavía secundarios en la estructura global del poder, que aspiran a tomar el poder político o a mejorar su posición. En determinadas circunstancias las universidades pueden aparecer como instrumentos de esos grupos y la autonomía como su arma más formidable, lo que viene a justificar las intervenciones del poder político y éstas, a su vez, las reacciones autonómicas. Casi es innecesario notar que en ese plano la cuestión no tiene nada que ver con la autonomía, aunque de una y otra parte, pueda discutirse en nombre de ella, puesto que se trata de utilizar una serie de prerrogativas que se justifican en función de razones académicas por causas que nada tienen que ver con ellas.

Estas causas permiten aproximarse a la explicación del fenómeno de que la autonomía sea un problema tan central para las universidades. Es decir, no son por cierto causas únicas. Están las causas que hacen necesaria la autonomía en cualquier sistema social y que ya se han señalado más arriba. Lo que aquí se trataba de indagar son las causas *además*, es decir, aquellas que explican la particular agudeza del problema. Aparentemente, todas ellas están relacionadas con la importancia especial que la Universidad ha tenido como centro de poder, lo que a su vez sólo se justifica en términos de la estructura social y política de América Latina y no puede encararse como una especie de fenómeno patológico de la Universidad.

9. Desde el punto de vista del movimiento estudiantil la autonomía es una barrera y una plataforma. Una barrera, en cuanto la creación de un orden institucional autónomo, es decir relativamente independiente de la intervención de otros poderes hace más fácil el ejercicio de un poder efectivo actual. Una plataforma, en cuanto crea un mecanismo de prepa-

ración para el futuro liderazgo hasta cierto punto al abrigo de las contingencias de la inestabilidad. Aun el líder estudiantil que representa dentro de la Universidad a un partido o grupo de la política general del país, se construye una cierta base propia, una cierta autonomía que si por cierto no es total es, en la mayoría de los casos, bastante mayor que aquella de la que puede gozar el que hace su carrera iniciándola desde los escalones más bajos de la jerarquía partidaria. Cuando, como ocurre en algunos países, los partidos dominantes están muy cerrados, la autonomía universitaria no sólo proporciona un canal institucional para que otras tendencias que las que ellos representan, se abran camino en la sociedad global. La Universidad misma es un sistema de posiciones jerárquicas que implica posibilidades de movilidad que no dependen de la ligazón a la clientela de los partidos dominantes, aunque pueda implicar la formación de otros sistemas de clientela.

En estas condiciones se comprende la complejidad del problema de la significación real de los movimientos estudiantiles y lo poco que todavía sabemos acerca de ella. En muchas ocasiones se ha observado que la autonomía lleva a una verdadera discontinuidad entre la Universidad y la sociedad,⁹ a la creación de un dominio reservado que, sean cuales fueren sus propósitos declarados ya no tiene resonancia real en la sociedad global así como los flujos de la sociedad real no penetran en él. Pero en otros casos puede decirse que ese dominio reservado no es más que la manera de institucionalizar un sistema de flujos recíprocos que funciona muy eficazmente como medio de reclutamiento de élites y hasta de promoción de nuevas. La misma, o aparentemente la misma armazón institucional puede tener muy distintas significaciones según la estructura global en que se inserta. La Universidad ni debería estar al servicio del partido político o los partidos políticos en el poder, ni al servicio de la oposición de su majestad, ni al servicio de las oposiciones clandestinas; pero en la realidad latinoamericana tiende a ser objeto de demandas muy fuertes para estar al servicio de todas. Cuando se acerca demasiado a estarlo totalmente con relación a alguna de ellas, la reacción de las otras no puede hacerse esperar; el pacto pluralista que parece ser la salida razonable de la situación es tan fácil de desear como difícil de hacerlo funcionar con cierta estabilidad.

Aun las consideraciones que pueden hacerse sobre las consecuencias intrauniversitarias del movimiento estudiantil sólo tienen sentido dentro de este marco general. Desde este punto de vista parecen pertinentes algunas observaciones. Por un lado que la dimensión política del movimiento estudiantil durante largos periodos ha estado en constante conflicto con la dedicación al rol estudiantil *per se*. Si la dedicación a las tareas gremiales y políticas sólo ha quitado tiempo para el estudio a una minoría,

las huelgas y manifestaciones de diverso tipo han afectado a todos los estudiantes con gran intensidad durante largos periodos. Si se piensa que una de las necesidades más urgentes de la región es la producción de personal calificado de alto nivel en las proporciones más amplias que los escasos recursos disponibles lo permiten, no parece dudoso que, en ese sentido, el movimiento estudiantil ha sido muchas veces un obstáculo.

En su dimensión gremial el movimiento estudiantil ha tenido algunos efectos que se dejan aquí de lado como el cogobierno. Pero vale la pena mencionar otros. En nombre de una ideología igualitaria y tendiente a abrir las puertas de la Universidad y mantener en ella a los estratos más bajos se han perseguido, y obtenido frecuentemente, una serie de medidas de facilitación de los estudios y de amplio margen de tolerancia en el cumplimiento de los deberes. En las escuelas o facultades donde el movimiento estudiantil ha adquirido un peso decisivo se han implantado regímenes de una amplitud tal que se confunden casi con la anarquía en los estudios. Dos cuestiones merecen analizarse. Por un lado la justificación. Es evidente que medidas internas a la Universidad que facilitan los estudios y disminuyen sus controles en nada pueden favorecer la ampliación de las bases de reclutamiento de los estudiantes. Sólo afectan a los que han ingresado y éstos, en proporción abrumadora, no pertenecen a los estratos más bajos. Esa justificación tendría validez para los estudiantes de estratos más bajos que cursan la Universidad. Sin embargo, muchos de los comportamientos efectivos del movimiento estudiantil tienden a alargar el término de los estudios y éste tiene que afectar desfavorablemente con la mayor intensidad a los integrantes de los estratos más bajos. Por otra parte, si la ideología ha repetido hasta el cansancio la idea de favorecer a los estratos populares es muy evidente que nadie se ha preocupado de verificar en los hechos si las medidas que se obtenían en la Universidad tenían efectivamente ese efecto o carecían de él. Es decir, todo parece indicar que ciertos grupos han perseguido políticas en materia de estudios que percibían como favorables a ellos mismos y que las han racionalizado, sinceramente, como parte de un esfuerzo para democratizar la Universidad. En estos aspectos el movimiento estudiantil tampoco ha sido favorable a la modernización efectiva de la Universidad, ni ha sido coherente con la idea que él mismo sostiene de que llegar a ella es un privilegio, puesto que éste justificaría medidas severas en la organización de los estudios y no la facilitación de los mismos.

Por otra parte, todas esas medidas no han contribuido por cierto a producir un mayor número de egresados, sino a reafirmar la concepción parcial del rol estudiantil con todos sus inconvenientes. De hecho han contribuido a demorar, por la baja general de la disciplina que provocan, los estudios universitarios y de ese modo a disminuir el número de egre-

sados que la Universidad produce en relación a la matrícula. Esto explica en parte ese hecho a primera vista muy intrigante de que los conflictos entre las organizaciones estudiantiles y los profesionales hayan sido tan raros en América Latina. Las consecuencias del sistema de intervención de los estudiantes en el gobierno no han sido por cierto, en los hechos, desfavorables a los colegios profesionales.

10. Estas consideraciones y muchas otras que podrían hacerse, muestran que los movimientos estudiantiles son difícilmente comprensibles en términos de sus ideologías declaradas y que se requiere un inventario sistemático de su comportamiento efectivo así como de sus consecuencias reales.

En alguna medida esto es un truismo. No se ve cuál sería la razón por la cual los movimientos estudiantiles serían los únicos entre todos los grupos sociales que exhibirían un comportamiento efectivo idéntico al declarado por la ideología que profesan. También es fácil entender que las meras exhortaciones carezcan de todo efecto.

En la historia de América Latina se ha levantado muchas veces el lema de "volver a los libros", los estudiantes deben dedicarse a estudiar. En algunos casos el lema es levantado por grupos de derecha que han resuelto ejercer un poder no compartido dentro de la Universidad (como parece ocurrir en el argentino); en otros, grupos que llegaron al poder en alguna medida fomentando la agitación estudiantil y que reclutaron en el movimiento estudiantil a sus mejores dirigentes, una vez alcanzado el poder hacen la misma invitación (como parece ocurrir en el caso venezolano).¹⁰ En uno y otro caso, lo que se ensaya es, en el fondo, que el movimiento estudiantil no afecte al nuevo *statu quo* como alguna vez puso en peligro al antiguo.¹¹ Es fácil justificar esas exhortaciones en nombre de las necesidades del desarrollo, de la formación de los futuros cuadros técnicos de la nación, de la eficiencia y de la racionalidad; es muy difícil que los que se quieren abrir el camino hacia el poder vean en todo eso algo distinto que un procedimiento más para dejarlos de lado.

Es por eso que si las consideraciones hechas en este trabajo tienen algo de verdad, prueban no sólo todo lo que ignoramos sobre el movimiento estudiantil, sino la necesidad de estudiarlo sistemáticamente dentro de la estructura social y, particularmente, en lo que significa de hecho en los conflictos que sobre la distribución del poder vive toda América Latina.

¹ Joseph Fischer. The University Student in South and South-East Asia en *Minerva*, vol. II, Number 1, Autumn 1963, Page 40.

² Myron Glazer. El proceso de socialización profesional en cuatro carreras chilenas, en *Revista Latinoamericana de Sociología* 66/3, pp. 333-367.

³ Glaucio Dillon Soares y Loreto Hoecker. El mundo de la ideología: la función de las ideas y la legitimidad de la política estudiantil en *Aportes*. Revista trimestral de Ciencias Sociales, núm. 5, julio de 1967, pp. 101-122.

⁴ Juan Osvaldo Inglese. El poder socializador de las instituciones educativas argentinas en *Aportes*, número citado, pp. 81-100.

⁵ Orlando Albornoz. Activismo político estudiantil en Venezuela en *Aportes*, número citado, pp. 11-41.

⁶ Juan Osvaldo Inglese y otros. Comportamiento de estudiantes y dirigentes en *Universidad y estudiantes*, Editorial Libera, Buenos Aires, 1965.

⁷ Myron Glazer. Las actitudes y actividades políticas de los estudiantes de la Universidad de Chile en *Aportes*, número citado, pp. 43-79.

⁸ Véase por ejemplo José Sabogal Wiese. "El proyecto piloto de la margen derecha del valle del Mantaro" en *Desarrollo y democracia*, Lima, 4, 1964, pp. 21-33.

⁹ En ese sentido he insistido yo mismo en el trabajo sobre la Universidad en el Uruguay publicado en el número 2 de la Revista *Aportes*.

¹⁰ Orlando Albornoz. Artículo citado.

¹¹ Es muy interesante que esta alternancia de utilización del movimiento estudiantil y esfuerzo para que vuelva a los libros una vez que los que lo utilizaron, llegan a él puede ser un fenómeno bastante general. Al menos ha sido comprobado en sociedades totalmente diferentes a las latinoamericanas. Véase en ese sentido John Israel. *Reflections on the Modern Chinese Student Movement*. Comunicación a la Conferencia sobre Estudiantes y Política organizada por la Universidad de Puerto Rico y la Universidad de Harvard, 27-31 marzo, 1967.